

pensante argentino se conociera mejor a sí mismo, y encontrara sugerencias para nuevos horizontes y perspectivas; si de la lectura surgieran nuevas preguntas capaces de ayudar a pensar y a vivir —ha dicho F. Leocata— el trabajo habría cumplido su cometido» (p. 13; el subrayado es nuestro). En el sentido propuesto, consideramos que lo ha cumplido en nosotros y que habrá de cumplirlo en todos aquellos interesados —vitalmente— en su temática.

Matilde I. García Losada

*Lógica. Lecciones de M. Heidegger (Semestre verano 1934). En el legado de Helene Weiss.* Edición bilingüe. Introducción y traducción de Víctor Farías. Anthropos-Ministerio de Educación y Cultura. Barcelona-Madrid 1991. L + 142 páginas. ISBN 84-7658-305-2.

Este libro ofrece la curiosa particularidad de haber sido publicado con la aparente pretensión de que nadie repare en la teoría heideggeriana de la lógica —que debería constituir el principal e incluso el único interés al momento de emprenderse su lectura—, sino en la introducción de Farías, toda ella enderezada a presentar la esfigie de Heidegger como una suerte de filósofo delincuente a causa de sus actitudes en la época de apogeo del régimen nacional-socialista. Los esfuerzos de Farías en indicar la adhesión de Heidegger a este régimen político terminan obnubilando por completo la exposición de las doctrinas filosóficas de un autor embarcado por entonces en una tarea de máximas exigencias teoréticas. A Farías no le ha preocupado otra cosa que el mostrar que Heidegger habría sido no más que un vocero del nacional-socialismo; que su curso de lógica, dictado en el semestre estival de 1934 en la Universidad de Friburgo de Brisgovia, sería una explicitación especiosa de su acatamiento a tal ideología, la cual, según declara intempestivamente Farías, ya habría sido esbozada de un modo germinal en *Ser y tiempo* (1927), y que el sustrato básico de las tesis heideggerianas contenidas en dichas lecciones estaría signado por esa profesión de nacional-socialismo, mas no por inquietudes imbuidas de un aliento filosófico superior. Si recién ahora, merced al empeño del propio Farías —de acuerdo a la inmodesta confesión del mismo Farías—, habría quedado esclarecida la filiación nazi de aquel «primer Heidegger», ello se habría debido a que en Alemania existiría una conspiración destinada a silenciar las posturas de este pensador, a la cual no serían ajenos ni siquiera los propios editores de sus obras completas que publica en Frankfurt la casa Vittorio Klostermann. En rigor, la introducción de Farías, compuesta al modo de una apología de sí mismo y de una denostación implacable de todos quienes discrepan con él, es una mera manifestación de un periodismo sensacionalista, por desgracia intensamente infiltrado en la literatura consumida por la clientela universitaria de hoy día, para el cual sólo importa armar un escándalo del que se hable durante un cierto tiempo, pero donde la filosofía, como corresponde a este tipo de vedetismo en boga, no surge más que como una excusa para ventilar pasiones ideológicas como éstas que en el ánimo de Farías hallan un buen exponente. Cuáles hayan sido las inclinaciones de Heidegger en materia de ideologías políticas, es algo que en absoluto aminora la estampa de un filósofo extraordinario —con muchos de cuyos pensamientos, dicho sea de paso, cabe disentir de medio a medio—, al cual la verborragia de Farías no puede eclipsar precisamente porque su animosidad le impide exhibir una estatura filosófica siquiera ínfima, aunque redunde en una eficacia comercial que no pocos envidian.

Por lo que respecta al texto del curso de 1934, conservado mediante los apuntes de Helene Weiss, una alumna de Heidegger en Friburgo, nos parece que lo más prudente es tributar en esperar una eventual edición crítica que garantice su autenticidad y la equivalencia de

escrito con las enseñanzas orales vertidas por el filósofo en aquella ocasión. En este aspecto, la inquina antiheideggeriana de Farías obra como un *boomerang* que se vuelve en su contra, porque cualquier lector imparcial de su introducción a este libro tiene todo el derecho de desconfiar seriamente de la idoneidad de alguien que se atreve a publicar una pieza de esta índole destilando la animadversión enardecida de la cual Farías hace gala en cada uno de sus renglones.

Mario Enrique Sacchi

HÉCTOR DÉLFOR MANDRIONI, *Pensar la técnica. Filosofía del hombre contemporáneo*. Editorial Guadalupe. Buenos Aires 1990. 264 páginas. ISBN 950-500-238-2.

La tecnociencia se ha instalado en la historia contemporánea con una fuerza avasalladora que no excluye la posibilidad de su empleo insensato por parte de quienes ven en ella el mecanismo eficaz para ejercer un dominio despótico de la vida humana. El autor hace suya la necesidad de interpretar el significado de la tensión que emerge entre las exigencias del espíritu y aquella fuerza que ha irrumpido en nuestro existir como un dechado de máxima racionalidad, pero no menos proclive a redundar en consecuencias catastróficas para el destino del hombre y de la sociedad. El desafío está planteado. El espíritu no resiste el someterse servilmente a este nuevo poder. La condición del hombre a merced de la técnica es dramática, lo que no quiere decir desesperante. La técnica es una invención humana, de donde la necesidad de que el propio hombre enfrente las consecuencias del descontrol de su ingenio tecnofactivo. De ahí la misión de la filosofía en esta hora: «La palabra filosófica es necesaria e imperativa y, a su modo, también “decisiva”; pero para que esta palabra se vuelva “decisiva” en plenitud se necesita la correspondiente respuesta de la libertad humana». De más está pedir auxilio al pensamiento relativista hoy en auge, pues se lo advierte sin dificultad «falto de un firme convicción ética en el valor de las normas y huérfano de toda auténtica apertura a la verdad». Es tarea del filósofo, munido de una inteligencia metafísica, el esclarecimiento de cuándo «hay que decir “sí” a la técnica y en qué sentido es preciso decirle “no”» (p. 8).

Los peligros de la técnica que ha posibilitado el desarrollo formidable del armamento nuclear se avizoran con claridad en el marco de un panorama político donde la racionalidad tecnocrática y la voluntad de poder muestran más propensión a sembrar el miedo a una catástrofe irreparable que a ordenar la convivencia de los pueblos en la paz. Mandrioni censura con energía la concepción de la disuasión política basada no en «razones», sino en los temores mutuos de las superpotencias atómicas, lo que pone al descubierto, si no el fracaso, sí al menos la fragilidad de un equilibrio político dependiente de la técnica, toda vez que «la tecnociencia en su aplicación bélica se muestra ambigua porque, hecha para matar, termina impidiendo matar. Salvamento precario e incierto, pero mientras tanto real, capaz de defender, dentro del entramado irracional de las relaciones humanas, la vida sobre la tierra» (p. 16a). Este juicio de Mandrioni, sin embargo, parece no haber tenido en cuenta un suceso que obliga a reconsiderar su contenido, por cuanto ha sido emitido después del desenlace de la política de disuasión nuclear que ha caracterizado el desenvolvimiento de la llamada *guerra fría*, al punto tal que la mayor capacidad de disuasión de uno de los contendientes ha culminado en una victoria militar incruenta gracias al reconocimiento de su superioridad tecnológica por parte del enemigo, lo cual ha resultado sensiblemente benéfico en comparación con los efectos que hubiera tenido el estallido de una contienda armada para dirimir el conflicto. Si los riesgos de la carrera por la supremacía del poderío bélico siempre son